

ARCHIBALD FORBES

Gran Bretaña en Afganistán  
La primera guerra anglo-afgana  
1839-1842

Traducción de Germán Bayón Blanco



**Editorial  
Belvedere**

Título original: *Britain in Afghanistan 1: the First Afghan War 1839-42*

Primera edición: mayo 2010

© de la traducción: Germán Bayón Blanco

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: [info@editorialbelvedere.com](mailto:info@editorialbelvedere.com)

[www.editorialbelvedere.com](http://www.editorialbelvedere.com)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-936533-8-5

Depósito legal: M. 22.781-2010

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla S.L.

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

# Índice

1. INTRODUCCIÓN .....	9
2. LA MARCHA HACIA KABUL .....	19
3. EL PRIMER AÑO DE LA OCUPACIÓN .....	35
4. EL SEGUNDO AÑO DE LA OCUPACIÓN .....	49
5. EL PRINCIPIO DEL FIN .....	59
6. EL CAMINO DE LA DESTRUCCIÓN .....	81
7. LA CATÁSTROFE .....	93
8. SITIO Y DEFENSA DE JALALABAD .....	107
9. CASTIGO Y RESCATE .....	117
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	135

# 1

## Introducción

Dado que fueron las complicaciones con Persia lo que dio el principal pretexto para la invasión de Afganistán por un ejército angloíndio en 1839, se hace necesaria una breve recapitulación de las relaciones entre Gran Bretaña y Persia anteriores a esa agresión.

Mediante un tratado firmado entre Inglaterra y Persia en 1814, la primera se obligaba, en caso de invasión de Persia por cualquier nación europea, a ayudar al sha, ya fuese con tropas de la India o mediante el pago de un subsidio anual como ayuda para sus gastos de guerra. Era un compromiso peligroso, aún con la salvedad de no ser operativo si la invasión era provocada por Persia. Durante la feroz lucha de 1825-1827 entre Abbas Mirza y el general ruso Paskevitch, Inglaterra se abstuvo de apoyar a Persia con dinero o con hombres, y cuando la postrada Persia quedó arruinada por la indemnización de guerra que le impuso el Tratado de Turkmanchai, Inglaterra se aprovechó de su necesidad comprando la cancelación de la onerosa obligación al bajo coste de unas 300.000 libras. El resultado natural de esta transacción fue que la influencia inglesa en la corte persa disminuyó sensiblemente, y no menos natural fue que, consciente de su debilidad, Persia cayera bajo la influencia rusa.

Futteh Ali, el viejo sha de Persia, murió en 1834 y le sucedió su nieto el príncipe Mohamed Mirza, un joven que heredó gran parte de la ambición de su valeroso padre Abbas Mirza. Su especial aspiración, laboriosamente estimulada por sus asesores rusos, le urgía a la empresa de conquistar el principado independiente de Herat, en la frontera oeste de Afganistán. Herat era el único resto de territorio afgano que aún pertenecía a la legítima casa real. Su cabeza era el sha Kamran, hijo de aquel Mamad Sha que, después de expulsar a su hermano el sha Shuja del trono de Kabul, había sido expulsado a su vez de ese puesto y se había retirado al principado menor de Herat. El joven sha de Persia no carecía de justificación en sus planes sobre Herat. Esto lo admitió con franqueza Ellis, el embajador británico en su corte, quien escribió a su Gobierno diciendo que el sha tenía derecho a la corona de Afganistán hasta Ghazni, y que la conducta de Kamran al ocupar parte de la provincia persa de Seistán había dado al sha plena justificación para empezar las hostilidades contra Herat.

Lo grave para Inglaterra y la India era que la influencia rusa estaba detrás de Persia en esta acción hostil contra Herat. Ellis señaló que, en el estado de relaciones existente entonces entre Persia y Rusia, el progreso de la primera en Afganistán equivalía al avance de la segunda. Pero, por desgracia, aún era válido un artículo del tratado de 1814 según el cual, en caso de guerra entre afganos y persas, el Gobierno inglés no debería interferir a favor de ningún bando, a menos que fuese llamado por ambos para mediar. Ellis y su sucesor M'Neill se manifestaron en vano ante el monarca persa en contra de la expedición a Herat. Una apelación a San Petersburgo, por parte de Gran Bretaña, sólo obtuvo una respuesta evasiva. La intensificación de la inquietud diplomática puede inferirse del hecho de que, mientras que en abril de 1836 Ellis describía a Persia como un primer paralelo de un ataque ruso a la India, lord Auckland, entonces gobernador general de la India, ordenó a M'Neill a comienzos de 1837 que urgiera al sha a abandonar su empresa, aduciendo que «el gobernador general ve-

ría con pesar y disgusto los planes de interferencia y conquista de nuestra frontera noroccidental».

El sha, haciendo oídos sordos a las peticiones del embajador británico, marchó sobre Herat y el sitio comenzó el 23 de noviembre de 1837. Durand, un crítico competente, declara que la fortaleza de la plaza, la resolución de los sitiadores, la destreza de sus asesores militares rusos y el valor de los sitiados, han sido por igual objeto de gran exageración. El sitio fue mal llevado de principio a fin, y la defensa, no mejor dirigida, debió su éxito a la ignorancia, timidez y abulia persa. Pottinger, el valeroso oficial inglés que ayudaba a la defensa, raras veces fue consultado, y menos aún se siguieron sus consejos; y nadie habló con más claridad del comportamiento de sitiados y sitiadores que el mismo Pottinger. M'Neill no logró nada concreto durante una larga estancia en el campo persa ante Herat por ser demasiado poderosa la influencia del embajador ruso ante el sha; y el representante inglés, cansado de los continuos desprecios, abandonó finalmente el campamento completamente frustrado. Después de un bombardeo de seis días, los persas y sus asesores rusos lanzaron un fuerte asalto el 23 de junio de 1838. El asalto fracasó con graves pérdidas, y el desanimado sha decidió levantar el sitio. Su decisión se aceleró por la llegada del coronel Stoddart a su campamento con información de que una fuerza militar venida de Bombay, apoyada por buques de guerra, había tocado tierra en la isla de Karrack, en el Golfo Pérsico, con un ultimátum perentorio al sha para que se retirase inmediatamente de Herat. Al ordenar esta diversión en el Golfo, lord Palmerston se había creído justificado por las circunstancias para hacer tabla rasa de los términos claros y precisos de un artículo de un tratado al que Inglaterra se había atendido en varias ocasiones. En cuanto al sha, parece que el ultimátum fue un alivio para él. El día 9 de septiembre montó en su caballo y se alejó de Herat. El sitio había durado nueve meses y medio. Hoy, medio siglo después de que el embajador ruso Simonich siguiera a Mohamed Sha

en su retirada de la golpeada, pero no conquistada Herat, esa ciudad es aún una plaza fuerte afgana.<sup>1</sup>

El sha Shuja-ul-Mulk, nieto del ilustre Ahmed Sha, reinó en Afganistán desde 1803 hasta 1809. Su juventud estuvo llena de dificultades. Había sido vagabundo hasta casi morir de hambre, mendigo y bandido, que obtenía dinero asaltando caravanas. La fama de su valor no había llegado muy lejos y el hecho de que alcanzara el trono fue meramente resultado de las circunstancias. Su reinado fue tormentoso, y en 1809 era un fugitivo exiliado. Ranjit Singh, el sij que gobernaba el Punjab, le arrebató el Koh-i-Noor, que hoy es la más preciosa de las joyas de la corona de Inglaterra, y despojó y encarceló al hombre caído. El sha Shuja escapó finalmente de Lahore. Después de muchas desgracias llegó a la estación fronteriza británica de Loodianah, y en 1816 se convirtió en pensionista de la Compañía de las Indias Orientales.

Después de la caída del sha Shuja, Afganistán fue durante muchos años presa de la anarquía. Finalmente, en 1826, Dost Mohamed logró imponerse en Kabul, donde este hombre autoritario se mantuvo hasta su muerte en 1863, salvo los tres años de ocupación británica. Dost Mohamed no era pariente, ni siquiera cercano, de la dinastía legítima a la que desplazó. Su padre, Poyndah Kan, fue un hábil hombre de Estado y un valiente soldado. Dejó veintiún hijos, de los que Futteh Kan era el mayor y Dost Mohamed uno de los más jóvenes. Futteh Kan fue el Warwick<sup>2</sup> de Afganistán, pero el «hacedor de reyes» afgano no tuvo un Barnet para la última escena de su accidentada vida. Habiendo caído en manos hostiles, fue cegado y

<sup>1</sup> El autor se refiere a finales del siglo XIX. Herat sigue siendo afgana en el siglo XXI, sin que este punto sea motivo de conflicto. (*N. del T.*)

<sup>2</sup> Richard Neville, primer conde de Warwick, conocido como el «hacedor de reyes» por su papel como mediador en la guerra de las Dos Rosas (1455-1485) entre las casas de Lancaster y York, y personaje de la obra de William Shakespeare, *Henry VI*, en la que el conde de Warwick muere en la batalla de Barnet. (*N. del T.*)

escalpado. Al rehusar traicionar a sus hermanos, fue cercenado lentamente en pedazos por orden y en presencia del monarca al que él mismo había coronado. Su joven hermano Dost Mohamed se propuso vengar su muerte. Después de años de suerte cambiante, Dost había eliminado a todos sus enemigos, y en 1826 era el gobernante de Kabul. Durante todo su largo reinado Dost Mohamed fue un gobernante fuerte y sabio. Su juventud había sido descuidada y disoluta. Su educación era defectuosa y había sido adicto al vino. Una vez sentado en el trono, la transformación de Enrique V no fue más completa que la de Dost Mohamed. Aprendió a leer y escribir por su cuenta, estudió el Corán, se hizo escrupulosamente abstemio, diligente en los asuntos de Estado y cortés en lugar de truculento. Se dice que reconoció públicamente los errores de su vida anterior e hizo una firme promesa de reforma; su segunda vida no desdijo las promesas a las que se había comprometido. Había en su naturaleza una honestidad tosca y una vena de genuina caballerosidad; a pesar de los desprecios que sufrió en manos inglesas tenía una consideración especial por los ingleses, y su lealtad hacia ellos solamente fue rota por su apoyo armado a los sijs en la segunda guerra del Punjab.

El caído sha Shuja, desde su asilo en Loodianah, intrigaba continuamente para su restauración. Sus planes no surtieron efecto durante mucho tiempo, y hasta 1832 no pudo llegar a algunos acuerdos con el maharajá Ranjit Singh. A una solicitud de ayuda pecuniaria por parte del sha Shuja, el Gobierno angloíndio respondió que prestarle asistencia sería contradictorio con la política de neutralidad que el Gobierno se había impuesto; sin embargo, contribuyó imprudentemente a su empresa concediéndole una pensión de cuatro meses por adelantado. Dieciséis mil rupias constituían un fondo de guerra escaso para intentar recuperar un trono, pero el sha puso en marcha su intento en febrero de 1833. Después de un exitoso encuentro con los emires del Sind marchó sobre Kandahar y sitió esa fortaleza. Kandahar estaba en situación extrema cuando Dost



Mohamed, llegado a toda prisa desde Kabul, la liberó y, uniendo sus fuerzas a la de los defensores, derrotó y expulsó al sha Shuja, que huyó precipitadamente dejando tras él su artillería y equipo. Durante la ausencia de Dost en el sur, las tropas de Ranjit Singh cruzaron Attock, ocuparon la provincia afgana de Peshawar y empujaron a los afganos hasta el paso del Khyber. Ningún esfuerzo posterior por parte de Dost Mohamed logró expulsar a los sijs de Peshawar, y sospechando de connivencia británica con la agresión de Ranjit Singh, consideró la política de protegerse mediante una alianza con Persia. En cuanto al sha Shuja, volvió a su refugio en Loodianah.

Lord Auckland sucedió a lord William Bentinck como gobernador general de la India en marzo de 1836. En respuesta a la carta de felicitación de Dost Mohamed, su señoría escribió: «Usted sabe que no es la práctica del Gobierno británico interferir en los asuntos de otros Estados independientes»; una abstención que lord Auckland iba a violar pronto. Había traído de Inglaterra la sensación de intranquilidad con respecto a los designios de Persia y Rusia que los comunicados de nuestro embajador en Persia habían provocado en el Gobierno, pero podría parecer que se encontraba indeciso sobre la línea de acción a tomar. «Movido», dice Durand, «por las vagas aprensiones de un remoto peligro sentido por otros más que por sí mismo», envió a Afganistán al capitán Burnes en una misión nominalmente comercial y que, de hecho, era de exploración política, pero sin instrucciones definidas. Burnes, un hombre competente aunque temerario y ambicioso, llegó a Kabul en septiembre de 1837, dos meses antes de que el ejército persa comenzara el sitio de Herat. Tenía una fuerte predisposición a favor de Dost, de quien ya había sido huésped en 1832, y la política que propugnaba no era la vuelta de la dinastía legítima en la persona del sha Shuja, sino la adscripción de Dost Mohamed a los intereses británicos fortaleciendo su trono y prestándole el apoyo británico.

Burnes creyó con optimismo haber llegado a Kabul en el

momento crítico porque en Kandahar ya se encontraba un embajador del sha de Persia con regalos y promesas de apoyo. Dost no ocultó a Burnes sus contactos con Persia y Rusia, a despecho de los británicos, y necesitando asistencia de cualquier tipo para contrarrestar las usurpaciones de los sijs, se declaró dispuesto a abandonar las negociaciones con dichas potencias occidentales, si se le daban razones para esperar asistencia del Gobierno angloíndio. Burnes comunicó a su Gobierno estas propuestas amistosas, apoyándolas con sus propias manifestaciones, y mientras tanto, llevado por el entusiasmo, se extralimitó en sus atribuciones esforzándose por disuadir a los jefes de Kandahar de la alianza con Persia y ofreciéndoles apoyo financiero para resistir la ofensiva, por lo que Persia probablemente buscaría vengar el rechazo a sus propuestas. Por este exceso de celo, Burnes fue severamente reprendido por su Gobierno, y se le ordenó retirar sus ofertas a los jefes de Kandahar. La situación de Burnes con Dost se complicó con la llegada a Kabul de un oficial ruso que pretendía ser embajador del zar y cuyas credenciales, sin embargo, se consideraron dudosas; y si esta circunstancia tiene algún peso, a su regreso a Rusia fue repudiado por el conde Nesselrode.<sup>3</sup> Dost hizo poco caso de este emisario y siguió asegurando a Burnes que sólo le importaba la conexión con los ingleses; y Burnes manifestó a su Gobierno su plena confianza en la sinceridad de estas declaraciones. Pero el tono de la respuesta de lord Auckland, dirigida a Dost, fue tan autoritario y altanero que demostró intención de ofender. Tuvo ese efecto, y la misión de Burnes perdió inmediatamente toda eficacia. Sin embargo, y como último recurso, Dost Mohamed rebajó su orgullo hasta el punto de escribir al gobernador general suplicándole «remediar las ofensas de los afganos y concederles algún ánimo y poder». Esta patética representación no tuvo ningún efecto. El embajador

<sup>3</sup> Conde Karl Robert von Nesselrode, diplomático ruso y delegado en el Congreso de Viena de 1815. (*N. del T.*)

ruso, que era profuso en sus promesas de todo lo que Dost quería obtener, fue recibido con favores y tratado con distinción, y en su viaje de retorno logró un tratado con los jefes de Kandahar que fue ratificado por el ministro ruso en la corte persa. Burnes, caído en descrédito en Kabul, abandonó el lugar en agosto de 1838. No había sido discreto, pero no fue su indiscreción lo que acarreó el fracaso de su misión. Hay una operación inicua, que Kaye denuncia con justa indignación, relacionada con las negociaciones de Burnes con Dost. Su correspondencia oficial fue mutilada y falseada sin escrúpulos en el *Blue Book*,<sup>4</sup> con el propósito deliberado de engañar al público británico.

Burnes fracasó porque, desde que salió de la India para Kabul, la política de lord Auckland había variado gradualmente. Lord Auckland había llegado a la India como hombre de paz. Que hasta abril de 1837 no tuviera intención de obstruir la situación existente en Afganistán está demostrado por su declaración escrita en esa fecha de que «el Gobierno británico ha decidido resueltamente disuadir al ex rey, el sha Shuja-ul-Mulk, de sus planes hostiles, en tanto permanezca bajo nuestra protección, contra los jefes ahora en el poder en Kabul y Kandahar». Sin embargo, en junio siguiente concluyó un tratado que enviaba al sha Shuja a Kabul escoltado por bayonetas británicas. De esta inconsistencia no se presenta ninguna explicación. Nuestra frontera del Sutlej con Herat quedaba muy lejos, una distancia de más de 1.930 km en uno de los terrenos más ásperos del mundo conocido. La preocupación del Gobierno angloindio estaba sin duda justificada por el hecho de que un ejército persa, apoyado por voluntarios rusos y rublos rusos estaba sitiando Herat, y los emisarios persa y ruso estaban actuando en Afganistán. Ambos fenómenos eran del tipo «pesadilla». Así sigue siendo hoy, cuando la frontera afgana está

<sup>4</sup> Libro que se publicaba anualmente en forma de anuario o de recopilación de estadísticas. (*N. del T.*)

aún detrás de Herat y cuando un descendiente de Dost Mohamed se sienta en el trono de Kabul.<sup>5</sup> Pero ni Inglaterra ni la India se abstuvieron de presentar la contraamenaza de Karrack que detuvo el sitio de Herat. Y la política evidente para Afganistán era vigilar los resultados de las intrigas que surgirían; ignorarlas si eran irrelevantes, como era probable, y contrarrestarlas con los métodos conocidos si se preveían consecuencias graves. Nuestra alianza con Ranjit Singh era sólida, y la lucha entre Dost Mohamed y él sobre la provincia de Peshawar era notoriamente fácil de arreglar.

¿En quién recae la responsabilidad de la primera guerra afgana? Lord Broughton, cuando no era más que sir John Cam Hobhouse, Presidente de la Junta de Control desde 1835 a 1841, declaró en 1851 ante un comité de la Cámara de los Comunes que «la guerra afgana fue emprendida por mí; enteramente sin el conocimiento del Corte de Directores». El significado de esa declaración, sin embargo, es que la responsabilidad fue del Gobierno británico de aquel entonces, actuando a través de su miembro encargado del control de asuntos indios; y además, que la dirección de la Compañía de las Indias Orientales no había tenido voz en la materia. Pero esta declaración fue matizada por la afirmación de sir J. C. Hobhouse en la Cámara de los Comunes en 1842, de que su despacho indicando la política a seguir, y la descrita por lord Auckland informándole de que la expedición ya estaba en marcha, se habían cruzado en el camino.

Sería tedioso detallar como lord Auckland, mal aconsejado, viró gradualmente de la paz a la guerra. El plan de acción definido en el tratado que, a principios del verano de 1838, se firmó entre el Gobierno angloindio, Ranjit Singh y el sha Shuja, era que el sha Shuja, con un ejército indio pagado con

<sup>5</sup> Recuérdese nuevamente que esta historia está escrita a finales del siglo XIX. Afganistán dejó de ser monarquía a principios de la década de los 70 del siglo XX. (*N. del T.*)

dinero británico, y también con el apoyo del maharajá del Punjab, intentaría recuperar su trono sin necesidad de bayonetas a sus espaldas. Luego se dijo, y así fue aceptado, que el sha necesitaría el apoyo de tropas británicas, y que bastaría un par de regimientos para aportar su prestigio. Pero sir Harry Fane, el comandante en jefe, impuso juiciosamente su veto al envío de un puñado de soldados británicos a una expedición tan peligrosa y lejana. Finalmente, el gobernador general, ya comprometido con una política equivocada y urgido por quienes le rodeaban, tomó la infortunada decisión de reunir un ejército angloíndio y enviarlo, con el malhadado sha Shuja a hombros, a los lejanos y desconocidos desiertos de Afganistán. Una vez decidida esta acción, la manera de proceder angloíndia requería que el gobernador general promulgara un manifiesto justificativo. Sobre esto sólo hace falta citar la observación de Durand de que «las palabras “justo y necesario” se aplicaron en una forma de la que, afortunadamente, no hay precedentes en la lengua inglesa», y el no menos mordaz comentario de sir Henry Edwardes de que «los puntos de vista y la conducta de Dost Mohamed fueron tergiversados con una insistencia que habría envidiado un estadista ruso».

Todos los hombres cuya experiencia avalaba sus palabras se opusieron a esta «absurda empresa». Elphinstone, que había sido el jefe de una misión en Kabul treinta años antes, mantenía que «sí se enviaba un ejército a los pasos, y si fuera posible alimentarlo, sin duda se podría tomar Kabul y colocar al sha Shuja; pero no era posible mantenerlo en un país pobre, frío, fuerte y remoto, entre gentes tan turbulentas». Lord William Bentinck, el antecesor de lord Auckland, denunció el proyecto como un acto de increíble locura. El marqués de Wellesley veía como un capricho «esta loca expedición a una región distante de rocas y desiertos, de arena, hielo y nieve». El duque de Wellington anunció con sagacidad profética que la consecuencia de cruzar una vez el Indo para establecer un Gobierno en Afganistán sería una marcha perpetua por ese país.